Cecias, viento del nordeste al que acompaña el granizo; un anciano con un disco que lo contiene.

Apeliotes, viento del sudeste; jóven imberbe, caracterizado por los frutos que lleva en su manto.

Lips ó Africo, viento del sudoeste, procedente de Libia, es un mancebo que lleva un palustre para indicar que es favorable á las naves que entran en el Pireo. Lips y Céfiro son los únicos á los que se pintan descalzos.

Finalmente el Argestes de los Griegos ó Caurus de los Latinos, llamado tambien Sciron por los poetas, viento del noroeste, era un viejo que sostenía un vaso ricamente labrado igual á aquellos en que era costumbre tener el agua caliente, sin duda como preservativo del frio que su aparicion causaba.

La torre ó templo de los Vientos, llamada de Andrónico, uno de los grandes monumentos de Atenas, gozó de gran fama en la antigüedad. En su cúpula veíase, sirviendo de veleta, la figura de un triton de bronce, cuyo cetro indicaba la direccion del viento reinante.

Las auras primaverales eran representadas en los monumentos del arte helénico por medio de esbeltas mujeres cuyos mantos forman como hinchadas velas sobre sus cabezas, ó que surcan los aires montadas en cisnes. A este grupo pertenecen *Thia*, á la que se había consagrado un altar en la entrada del barranco de Delfos, y Oritia, esposa de Bóreas.

Otra de las divinidades secundarias de las regiones del aire era Eunosto, diosa de los molinos de viento.

Al igual que en Grecia, en Italia, sobre todo en las comarcas occidentales, eran los vientos y las tempestades objeto de asiduo y solemne culto. Entre los demonios favorables era el más grato Favonio, cuyo nombre, como el de Fauno, se deriva de *faxere*, dar favor; él era quien en marzo traía las golondrinas y la primavera. Por el contrario, los vientos del Norte infundían temor por el frio intenso que de los montes arrastraban: llamábanlos *Septentrio* y *Aquilo* por ser su ímpetu cual el vuelo del águila. Los vientos del sur eran tenidos igualmente por peligrosos, ya que el Austro llevaba en otoño terribles borrascas, y el Africo, al chocar con los vientos contrarios, el Aquilon ó los vientos del oeste, era causa de grandes perturbaciones atmosféricas.

Tambien en Roma se inmolaban víctimas blancas á

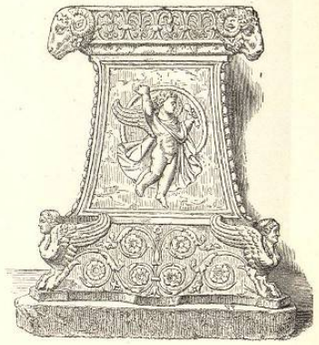

Fig. 452.—Altar griego.

los vientos bienhechores y negras á los maléficos, y creíase igualmente que las tempestades podian ser concitadas ó conjuradas por medio de sortilegios. Para librar á los viñedos del vendaval colocábase entre las cepas la imágen pintada de un racimo de uvas consagrado. En la costa gala, probablemente en las inmediaciones de Narbona, erigió Augusto un templo á *Circins*, muy saludable allí y gran purificador del aire.

Los generales romanos, ántes de entrar en batalla, solian invocar, entre otros dioses, á los Vientos y Tempestades, y tambien verter en honor suyo libaciones en el mar ó en los rios. Las borrascas tenían en Roma un santuario junto á la puerta Capena erigido por L. Cornelio Escipion 259 años ántes de nuestra era.

CAPÍTULO X.

VIAJE DE LOS ARGONAUTAS.

El vellocino de oro. — Pelias usurpador del trono de Iolcos. — Jason. — Sus compañeros. — La nave Argo. — Partida de los Argonautas — Las mujeres de Lemnos. — Los gigantes Doliones. — El rey de los Bebricios. — Vénceie Pólux. — El adivino Fineo. — Las peñas Cianeas. — Las Stimfálides. — Llegan los Argonautas á Cólchida. — Medea. — Se enamora de Jason. — Con su auxilio se apodera éste del dorado vellocino. — Diferentes itinerarios atribuidos á los Argonautas á su regreso. — Los Argonautas en Iberia. — Medea rejuvenece á Eson. — Medea y las hijas de Pelias. — Infidelidad de Jason. — Horrible venganza de Medea. — Medea en Aténas. — Muerte de Jason. — Interpretaciones que se dan á la leyenda de los Argonautas.

El viaje de los Argonautas fué una de las fábulas más famosas de la mitología griega, uno de los sucesos legendarios más importantes de la Grecia heróica. La ocasion mejor de referirlo parece ser la que se ofrece ahora, explicados como han sido los mitos referentes á las potestades del mar y del aire que presidian á los marítimos viajes.

Popular y objeto de poéticos cantos era ya en la época de la *Odisea* el atrevido viaje de la nave Argo; desde entónces no ha cesado de atraer la atencion de los mitógrafos, los que se han afanado en suplir y enmendar los diversos itinerarios que de la expedicion dejaron tradiciones diversas, así como en interpretar é investigar el fondo de verdad que pudo ser orígen y causa de la extendida leyenda que con variantes más ó ménos importantes nos ha sido trasmitida por Hesiodo, Píndaro, Apolonio y otros autores de la antigüedad, sin contar los numerosos recamos y complicaciones que el tiempo fué añadiendo al relato primitivo.

Frixos, hijo de Atamas, rey de los Minyos de Beocia del cual queda explicada la deplorable historia, inmoló al llegar á Cólchida en honra de Zeus ó de Poseidon el carnero que le salvara del odio de su madrastra Ino, y el dorado vellon fué suspendido de un árbol en la selva consagrada á Ares. Aceptó el dios el sacrificio, y en recompensa declaró que el príncipe que tuviese el vellocino en sus Estados vería florecer en ellos los dones todos de la abundancia, al tiempo que, como custodios de la piadosa ofrenda del mancebo, puso á dos toros bravos y colosales y á un dragon alado, siempre vigilante, que daba muerte á cuantos se proponían la conquista del preciado tesoro. No había, pues, en Grecia aventurero que no soñara en la difícil hazaña de hacerlo suyo, si bien á todos asustaba la gran distancia del misterioso pais que lo guardaba, jamas recorrida por navegante alguno.

En la region meridional de Tessalia y en la ciudad de Iolcos fundada por Creteo, hijo de Eolo cual Atamas, reinaba un vástago de aquel, por nombre Pelias, quien había con malas artes arrebatado el trono á su hermano ó cuñado Eson. Este, temeroso de que el usurpador atentara contra la vida de Jason su hijo, apartólo de su lado y lo confió á los cuidados del centauro Chiron, de quien recibió el niño igual educacion guerrera que el famoso Aquiles. En tanto Pelias á quien acosaban los remordimientos por su mala accion, consultó al oráculo acerca de la duracion de su prosperidad, y recibió por respuesta deber desconfiar de un hombre á quien viese

con una sola sandalia. Al llegar aquí tiene la historia dos ó tres variantes. Á la edad de veinte años, separóse Jason del Centauro su maestro para volver á Iolcos, y en su camino, llegado á la orilla de un rio, encontró á valetudinaria anciana que por sus años y achaques no podía pasar al otro lado. En brazos del compasivo Jason atravesó la corriente, y al darle por ello gracias se mostró á los ojos del atónito mancebo tal cual era, es decir en la esplendorosa majestad de Juno, ya que únicamente había tomado aquella apariencia para poner á prueba la piedad del héroe. Al pasar el rio perdió Jason una sandalia, y sin advertirlo entró en Iolcos con un pié descalzo. Reconocido por el pueblo, dice Píndaro, y enterado del oráculo reclamó la corona, consintiendo Pelias en cederle el trono con la condicion de dotar á Iolcos con el vellon del prodigioso carnero; con ello había de volver el reino á

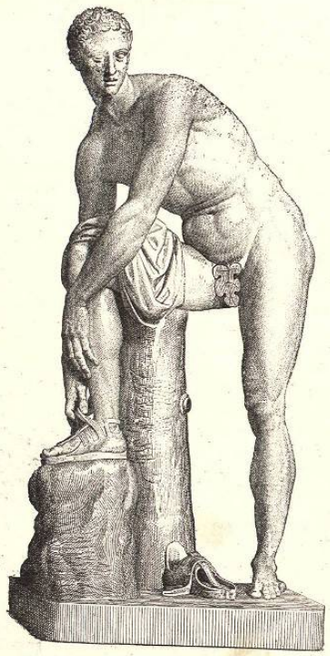

Fig. 453.—Jason. (Estatua antigua. Museo del Louvre).

entrar en posesion del ánima de Fríxos y cesar la maldicion que pesaba, desde Atamas, sobre la estirpe de los Eolides. Segun Apolodoro, estaba Pelias sacrificando á Poseidon en la ribera del mar cuando vió llegar á Jason quien, al atravesar á nado el Anauros, había dejado una sandalia en las aguas del torrente; al momento asaltóle el recuerdo del oráculo, y acercándose al jóven le dijo: «—¿Qué harias con el hombre de quien estuviese vaticinado que habia de atentar contra tu vida?—Le mandaría á buscar el vellocino de oro,» contestó Jason inspirado por Hera; Pelias le cogió la palabra, y se comprometió á cederle la suprema potestad si cumplía él lo que había ofrecido. Otra tradicion, segun la cual sobrepujaba Jason á los mortales todos en gentileza, en fuerza, en valor y sobre todo en ciencia, decía que fué á consultar al oráculo acerca de lo que debía practicar para recobrar el paterno trono, recibiendo de la divinidad el consejo, á fin de excitar la atencion general, de cubrirse, á la usanza de los Magnesios, con una piel de leopardo y armarse cual ellos con dos lanzas, presentándose así en la córte

de Pelias. Su marcial continente, su traje raro, atrajeron sobre él las miradas de los habitantes de Iolcos; á cuantos le preguntaron quién era dióse á conocer como hijo de Eson y enemigo de Pelias, y presentándose á éste le reclamó en nombre de la justicia la usurpada diadema. Como el general clamor sostenía las pretensiones del legítimo heredero no se atrevió Pelias á negarse á la justa demanda, y limitóse á aconsejar á su sobrino que no ciñese la corona hasta darle nuevo brillo tomando venganza de la alevosa muerte de Frixos y recobrando el vellocino de oro, lo cual era tenido por arriesgadísima empresa. Devuelto que fuese á la familia el preciado tesoro, Pelias juró por Zeus cederle pacíficamente el cetro.

Sea lo que fuere de estas distintas versiones, Jason, esforzado y ganoso de gloria, resolvió acometer la peligrosa aventura, y envió heraldos en todas direcciones convocando á los guerreros que en su compañía quisiesen intentarla. Á su llamamiento acudieron los héroes más afamados de Grecia, como fueron Hércules, Admeto, Cástor y Pólux, el padre de Ulises por nombre Laerte, Echion y Eurytos, hijos de Hermes; Eufemos y Periclemanos hijos de Poseidon, Neleo, Peleo, Telamon, Meleagro, el divino Orfeo, Laoconte, Melampo, Glauco, Teseo, Zetes y Calais hijos de Bóreas, y otros hasta un número que varía entre cincuenta y cincuenta y seis, y en algun autor llega á noventa, ya que andando el tiempo no hubo ciudad griega que no adujese como título de gloria haber tenido á sus héroes indígenas en la maravillosa expedicion. Asistido por tan numerosos y esforzados auxiliares hizo Jason sin pérdida de tiempo los preparativos del viaje: Argos, ilustre arquitecto, hijo de Frixos, construyó la nave que había de recibir á la heróica cohorte y conducirla á Cólchida; labróse el mástil con las sagradas encinas del bosque de Dodona, ó bien se formó con ellas la quilla, y de este modo transformados aquellos árboles que mortal alguno se había atrevido á cortar, conservaron su profética virtud, ya que Atena, constante protectora de las grandes empresas, dirigió la construccion de la nave, que fué llamada Argo, del nombre de su constructor. La misma diosa enseñó al piloto Tifis á tender las velas. «Tifis tuvo la audacia de desplegar las primeras velas en la inmensidad de los mares y dictar á los vientos nuevas leyes, ya largando todo el trapo para recibir en su superficie el aliento del Noto, ya recogiéndolo alrededor de las entenas, en medio ó al extremo del mástil... La nave de Tessalia reunió mundos que naturaleza por nuestra dicha había separado; domó el mar, y añadió á todos nuestros temores el de ese cruel elemento... ¿Y cuál fué el beneficio reportado de la azarosa expedicion? Un vellocino de oro nada más, y junto con él un monstruo más que el mar horrible, Medea, digno premio de la primera navegacion acometida... Tiempo vendrá en los siglos futuros en que el Oceano dará mayor anchura á la tierra en todo su extension, en que otro Tifis descubrirá nuevos mundos, en que Tulé (la Islandia) dejará de ser para nosotros el confin del universo.» (Séneca).

Los guerreros asociados para la lejana expedicion tomaron de la nave el nombre de Argonautas.

Á los acentos de la lira de Orfeo deslízase aquella por sí sola al mar; embárcanse los héroes; y despues de ofrecer á los dioses solemne sacrificio, vogan con direccion á oriente; pero ántes de llegar al término ignorado de su viaje, opónenseles numerosos obstáculos y tienen que hacer frente á terribles azares. La relacion de su viaje en la forma que hasta nosotros ha llegado, no se limita á resumir, conforme se ha dicho y repetido, los primeros viajes de exploracion realizados por los marinos griegos y sus sucesivos descubrimientos en las últimas regiones mediterráneas; sino que al rededor de la leyenda principal tal como se había formado entre los Minyos de Tessalia, fueron agrupándose diferentes fábulas procedentes de Grecia, de la Prepóntida y del Ponto Euxino, poco á poco combinadas y refundidas por los poetas en la unidad artificial de un solo relato.

Así fué como menudearon en la maravillosa expedicion los singulares episodios, el primero de los cuales fué el de las mujeres de Lemnos.

Al pasar por las aguas del monte Pelion los viajeros saludaron á su paso al anciano centauro Chiron y á Aquiles, su jóven discípulo, quien por su corta edad no pudo acompañarles en la guerrera empresa; siguieron las costas de Tessalia, las de Macedonia y Samotracia, donde desembarcaron Cástor y Pólux para ser iniciados en los misterios cabíricos, y llegaron á la isla de Lemnos, en la que sólo moraban entónces mujeres, suponiendo algunos autores que la habitaban las amazonas. No hacía mucho que aquellas, celosas de sus maridos, habían dado á todos muerte, excepto al rey Toas que fué salvado por su hija Hipsipila, y así fué que recibieron á los argonautas con grandes demostraciones de gozo; Jason se unió con Hipsipila, los demas tomaron tambien esposa, y nació una poblacion nueva que, como sus padres, fué designada con el nombre de Minyos. Dos años estuvieron en la isla los Argonautas entre fiestas y delicias, olvidada ya la heróica aventura acometida, hasta que Jason, para arrancarles de la molicie, los llamó á la nave con pretexto de comunicarles grandes nuevas; una vez allí cortó el cable que la sujetaba á la playa, y continuó el viaje.

En el Helesponto fué atacada por unos piratas tirrenos que hirieron á los Argonautas todos, excepto á Glauco, quien precipitándose en las aguas fué convertido en dios marino presentándose á Jason en esta nueva forma. Refiere Diodoro de Sicilia que desencadenada furiosa tempestad ofrecieron los Argonautas un sacrificio á los Cabiros de Samotracia, y en el mismo momento, con gran sorpresa de todos los héroes, dos brillantes luceros se posaron en la frente de Cástor y Pólux.

Costeaba la nave Argo la montuosa Tracia cuando una ráfaga de viento la arrojó á una isla donde en elevado monte moraban los Doliones, gigantes de seis

brazos, hijos de la Tierra. Su rey Cícicos, advertido por el oráculo de la próxima llegada de los Argonautas, hízoles cordial recibimiento y al verlos partir colmóles de presentes. Pero sucedió que al cerrar la noche otro golpe de mar los volvió á la playa, y tomándolos los Doliones por sus enemigos los Pelasgos cerraron contra ellos en la oscuridad, y se empeñó un combate en que Jason dió muerte á Cícicos. Enojada Rea, divinidad protectora del pais, y deseosa de venganza mantuvo inmóvil la nave y expúsola luégo por espacio de doce dias á recia tempestad hasta que los Argonautas la aplacaron con sacrificios y juegos fúnebres en honor de los vencidos, en los que se oyeron los cantos del divino Orfeo.

Siguió el viaje, y á poco ancló la nave en la desembocadura del Ríndaco, en la costa de Misia, donde ocurrió el episodio que llevamos referido de la desaparicion de Hylas. Hércules, que, segun parece, había ejercido hasta aquel dia el mando supremo de la expedicion, dejó de formar parte de ella y quedóse en la desierta ribera buscando á su perdido amigo. Suponen, empero, algunos autores, fundados en otras tradiciones, que su retirada fué efecto de intrigas de Jason para lograr el mando, y no falta quien dice haber sido los Argonautas los que dejaron al héroe en tierra temerosos, en vista de su extraordinario apetito, de quedar en breve sin provisiones. Relatos hay que ni siquiera le colocan en el número de los Argonautas.

Navegaron estos á Bitinia, donde sobre el pueblo de los Bebricios reinaba Amycos, hijo segun unos de Poseidon y de la ninfa Melia, y de Tifon, segun otros, y de todos modos perteneciente á la familia de los Gigantes, de los iracundos genios de la tempestad que sucumben á los golpes de los héroes solares. «Era el más soberbio y feroz de los mortales, dice Apolonio; por bárbara ley de su capricho obligaba á cuantos extranjeros llegaban á sus Estados á sostener con él una lucha de pujilato, y fuerte y muy diestro en ella había así dado muerte á varios príncipes vecinos. Al acercarse á su reino la nave de los Argonautas, dirigióse á la playa, y sin preguntarles por su nombre y procedencia, gritóles con insolencia: —Vosotros que divagais por el mar, preciso es que sepais que de cuantos llegan á la tierra de los Bebricios ninguno sale de ella sin haber probado contra mis brazos la fuerza de los suyos. Elegid, pues, entre vosotros al más ejercitado en el combate del cesto, para que luche conmigo. Así lo quiere la ley por mí establecida, y por fuerza sabría obligaros á cumplirla.

»Estas palabras llenaron á los Argonautas de indignacion, y Pólux, que fué el más vivamente ofendido, se apresuró á aceptar el reto, y dijo: —Quien quiera que seas detente y no nos hables de reducirnos á la fuerza. De buen grado nos sujetamos á tu ley, y mira en mí á tu adversario dispuesto á luchar contigo. —Admirado Amycos por tanta arrogancia clavó en él feroz mirada, á la manera como el leon cercado por los cazadores fija su ardiente pupila en el que le descargó el primer golpe.

«Los pajes del rey arrojan á los piés de los combatientes cestos ó manoplas de peso y dureza extraordinarios: —No hay necesidad de suertes, dijo con altivez Amycos; toma los que mejor te parezcan á fin de que, concluido que sea el combate, no tengas cargo que hacerme; arma tus manos, y en breve podrás decir si uso bien ó mal de la manopla y si tardo mucho en cubrir de sangre el rostro de mi adversario. —Pólux se limitó á contestar con una sonrisa, y cogió los dos cestos más inmediatos á sus piés.

»Ambos combatientes, despues de hacer afianzar sus manoplas, se adelantan uno contra otro, teniendo levantadas sus deformes manos á la altura del rostro. El rey de los Bebricios se precipita contra su adversario cual oleada impetuosa; Pólux, semejante al entendido piloto que desvía diestramente la nave para evitar la ola que se desploma y amenaza sumergirla, se sustrae, por medio de ligeros movimientos, á los redoblados golpes de Amycos que no le dan momento de reposo, hasta que medidas las fuerzas del adversario y conociendo su sistema de pelear, mantiénese firme, á su vez extiende sus nervudos brazos, y busca aquellos puntos que Amycos guarda peor. Así como los calafates juntan á fuerza de golpes las piezas que han de formar una nave y el aire resuena con el estruendo de sus martillazos, de igual manera uno y otro combatiente se golpean con furor las mejillas y mandíbulas, resonando sin cesar sus dientes bajo la pesadumbre de sus ferrados puños. El cansancio les deja en fin sin fuerzas, y separándose faltos de aliento, enjugan el copioso sudor que de sus frentes chorrea.

»En breve vuelven uno contra otro: Amycos, levantándose sobre la punta de los piés al igual del que se prepara á sacrificar una víctima, enarbola su temible brazo; mas Pólux, ladeando la cabeza, evita diestramente el golpe, que sólo le rozó la espalda; entónces, avanzando resuelto, respondió hiriendo con toda su fuerza al adversario encima de la oreja. Los vecinos montes repitieron el eco del terrible golpe; á su impulso quedaron rotos los huesos, y Amycos, vencido por lo intenso del dolor, cayó de hinojos y exhaló á poco el postrer suspiro. Prorumpen los Argonautas en gritos de triunfo, al tiempo que irritados los Bebricios por la muerte de su caudillo, se adelantan hacia Pólux amenazadores, blandiendo mazas y lanzas; interpónense sus camaradas formando con sus aceros infranqueable muro, y empeñada furiosa pelea concluyó con el triunfo de los Argonautas. Los Bebricios tomaron la fuga, y difundieron tierra adentro la noticia de la muerte de su soberano.» (Apolonio).

Segun otra version Amycos no murió en la lucha, sino que despues de vencido fué atado á un árbol por Pólux, quien le tenia reservado para suplicio análogo al que Apolo impuso á Marsyas. Así lo representa un bajorelieve etrusco encontrado en Prenesta. El genio de la

muerte, figurado á la usanza etrusca por un anciano alado, está de pié en una peña aguardando la presa. Minerva y Apolo asisten á la ejecucion del rey bárbaro. En otro de los lados del monumento se representa á los

Pólux. Amycos.

Fig. 434.— Pólux vencedor de Amycos.— (De un espejo etrusco).

desos halláronse con el viejo adivino Fineo, á quien los hijos de Bóreas libraron de las acometidas de las Arpías. En recompensa de tan gran servicio habló á los Argonautas en estos términos: «Oid, amigos, lo que me es lícito deciros, pues Zeus, cuyo enojo merecí por mi imprudencia, me tiene prohibido revelaros cuanto os está reservado. Al dejar estas playas veréis al fin del estrecho dos peñascos que hasta aquí no ha podido salvar

La nave Argo. Argonautas en la fuente.

Fig. 435.— Los Argonautas en la fuente.— (Continuacion del propio asunto).

ceder á la voluntad de los dioses es propio de los hombres cuerdos.»

Así advertidos los Argonautas embarcaron consigo una paloma, y al llegar al tortuoso estrecho formado por amenazadores escollos, avanzaron temblorosos contra la corriente que sin cesar les resistía. Todos, excitados por las voces de Tifis, remaban con ardor. Pasada la última revuelta vieron lo que mortal alguno había de ver despues: las peñas Cianeas ó Simplégadas acababan de abrirse y de quedar separadas una de otra. A tal espectáculo crece el susto, y Eufemo suelta la paloma en la cual se fijan todos los ojos. De pronto los peñascos, rápidos como el viento, se acercan y se unen con horroroso estruendo; el agua hierve á gran distancia, agítase el mortal alguno; dotados de movimiento, únense con frecuencia para no formar más que uno. Entónces el agua levántase agitada y cubre del todo su cúspide, oyéndose á grandes distancias el fragor del choque. Antes de intentar el paso soltad una paloma; si lo atraviesa con felicidad haced fuerza de remos sin perder ni un instante, pues del vigor de vuestros brazos dependerá vuestra salvacion. Si la paloma perece en el estrecho volved atrás;

Argonautas sacando agua de una fuente custodiada por un Sileno.

Sin tropiezo, merced á la habilidad del piloto Tifis, arribó la nave Argo á las costas de Tracia; en Salmy-

aire, el mar se precipita mugiendo en las quebraduras de las rocas, la orilla se cubre de espuma, y la nave da varias vueltas sobre sí misma. Sin embargo, la paloma ha pasado y únicamente ha perdido en el choque algunas plumas de su cola. Prorumpen los Argonautas en gritos de alegría, y excítales Tifis á redoblar sus esfuerzos y á bogar con vigor á fin de pasar veloces por entre los escollos que en aquel momento se separaban de nuevo. Obedecen todos temblando, cuando de pronto el reflujo de los rompientes de la costa les empujó en medio del paso fatal, y entónces, al ver suspendida sobre sus cabezas la muerte, no hubo corazon que no se helase de espanto.

En aquel instante vieron alzarse delante de ellos inmenso monte de agua y todas las frentes se inclinaron

creyendo que iban á ser allí mismo devorados. Por medio de hábil maniobra evitó Tifis el peligro; pero al desplomarse la ola con violencia en el mar, levantó el buque y lo empujó largo trecho hacia atrás. Pero los Argonautas no cejan en sus esfuerzos, y ayudados por Hera y Atena, la nave, rápida cual flecha, pasa por entre los peñascos que al volverse á unir destrozaron parte de la popa. Desde aquel dia las Simplégadas cesaron de flotar: escrito estaba que quedarían fijas desde el momento en que una nave pasase por entre una y otra.

Segun algunos mitógrafos, fué Atena la que soltó la paloma á fin de manifestar á los Griegos la posibilidad del paso; dicen otros que á los poderosos acentos de la lira de Orfeo se debió el prodigio de retardarse la union de los peñascos. Á creer á Píndaro, Poseidon, á quien poco ántes habían los Argonautas dedicado un sacrificio, les salvó de la segura muerte.

Franqueado el estrecho, la nave Argo, impulsada por el soplo del Noto, llega á la entrada del Ponto Euxino. Visitan los Argonautas la costa de los Mariandinianos, cuyo rey, por nombre Lico, les dispensó magnífica acogida al saber la muerte dada á Amycos, su enemigo; en cambio perdieron allí á dos compañeros, á Idinon, que fué muerto en la caza por un jabalí, y al piloto Tifis, al cual reemplazó Anceo. Una ráfaga de viento llevóles despues á la isla de Ares, infestada de temidas aves llamadas Stimfálides, cuyas plumas eran otras tantas flechas con las que hostilizaban á los viajeros. Uno de los Argonautas pereció por ellas atravesado: los demas cubriéronse la cabeza con el brillante almete, y relevándose en el remo, los que descansaban protegían á los demas con sus escudos. Al propio tiempo, con los repetidos golpes que descargaban sobre las retumbantes armas, acompañados de gran gritería, asustaron á las aves que no tardaron en oscurecer el cielo con su innumerable multitud. En su fuga lanzaron una nube de flechas que, embotándose en los broqueles, á nadie hirieron; las fugitivas atravesaron el mar, y volaron hacia los montes que en lontananza se divisaban.

En la propia isla encontraron los Argonautas á los hijos de Frixos, que Aetes enviaba á Grecia á reclamar su parte en la paterna herencia; habiendo naufragado en su viaje, hallábanse en deplorable estado de miseria; Jason los embarcó en su nave, y adquirió por ellos las primeras noticias acerca del objeto que en su expedicion se proponía.

Continuaron los Argonautas su navegacion y no tardaron en divisar los elevados picos del Cáucaso; oyeron, dice Apolonio, los gemidos de Prometeo, despedazado por un buitre, y llegados á la desembocadura del Faso, en las costas de Cólchida ó Mingrelia, remontaron su corriente hasta la ciudad de Æa, donde existía el dorado vellocino.

Este era, al parecer, para los Colcos y para toda la ribera oriental del mar Negro un talisman, una especie de Paladion, y esto explica la saña que atribuyen las leyendas al rey Aetes [1] contra los príncipes que intentaban su conquista. En cambio su hija Medea, instruida por su tía Circé en las artes mágicas, es representada por muchos como hermosa y cándida doncella ocupada en borrar las huellas de la crueldad de Aetes y en prodigar consuelos á los súbditos todos de su padre. Ni enfermedad, ni vejez resistían al poder de sus conjuros, y sus beneficios hacíanla para la Cólchida objeto de veneracion. «Por desgracia suya, observa Apolonio, la llegada de los Argonautas trocó su pacífico destino, y le enseñó á poner su ciencia al servicio de sus pasiones.»

Jason reclama á Aetes el tesoro en cuya busca había emprendido el azaroso viaje, y oye de sus labios la siguiente respuesta: «Corto seré en palabras, ¡oh extranjero! Consiento en cederte el precioso vellocino, pero ántes es fuerza que sepa, sin que pueda caberme ni sombra de duda, si eres en efecto de sangre divina y bastante esforzado para disputarme lo que es mio. Lo que voy á proponerte lo realizo yo por peligroso que parezca. En un campo que lleva el nombre de Ares tengo dos toros, obra portentosa de Hefestos, con piés y cuernos de bronce; de su boca salen torbellinos de fuego. Uncidos por mí á un arado de diamante, labro con ellos cuatro yugadas, y hecho esto, en vez de los frutos de Céres, siembro los dientes de horrible dragon, de los que nacen al instante armados gigantes que por todos lados me rodean. Con ellos cierro, los derribo y espiran todos á los golpes de mi lanza. Comienzo por la mañana á uncir los bueyes, y la cosecha queda terminada á la tarde. Si Jason puede demostrar su esfuerzo con semejante hazaña, suyo es el vellocino; de no ser así no espere obtenerlo; indigno de un hombre esforzado es ceder á quien no se le iguala.» (Apolonio).

La llegada de los Argonautas á la corte de Aetes está representada en la pintura de un jarro por medio de dos escenas separadas por una coluna. A un lado de ésta vése á Aetes de pié teniendo en la mano un cetro, símbolo de su poder. Una ánfora colocada á sus piés indica su gran opulencia. Jason, junto á él, le presenta la ofrenda de la hospitalidad, y á sus espaldas Medea comunica á una de sus doncellas la impresion que en su pecho causa el apuesto extranjero. Al otro lado de la coluna Medea contrae alianza con Jason, y abandona su mano al héroe; los Argonautas, coronados de laurel, acompañan á su caudillo, y uno de ellos señala á la princesa que ha de sacarles con bien del peligroso trance en que se hallan.

Temblando quedaron los Argonautas al oir las palabras de Aetes; su caudillo habría en efecto sucumbido en la temeraria empresa á no haber inspirado Vénus á Medea violenta pasion por el héroe. «Ardiente llama en-

[1] Para algunos mitólogos el nombre de Aetes era en Cólchida para los soberanos lo mismo que el de Faraon en Egipto.

ciéndese en el corazon de la hija de Aetes; en vano lucha uno y otro dia; la razon no acierta á triunfar de su delirio.—Inútil es tu resistencia ¡oh Medea! decía para sí; una divinidad por mí ignorada se complace en hacer infructuosos mis esfuerzos. Siento un afecto que me admira, un afecto que se parece, sí, no hay duda, á lo que llaman amor. ¿Por qué me han parecido bárbaras las condiciones que mi padre ha impuesto? ¿Á qué viene mi temor de que puedan ser causa de la muerte de quien apénas he visto una sola vez? ¡Infeliz! arroja, si tanto puedes, de tu púdico pecho la llama que lo devora. ¡Ah! de lograrlo, ¡cuánto mayor sería mi sosiego!

»Pero una mano enemiga me arrastra á pesar mio; amor me impulsa á un lado, á otro la razon. Veo el bien, lo conozco, y sin embargo, hago lo peor *(Video meliora proboque, deteriora sequor)*. Nacida de real estirpe, ¿por qué he de amar con tal pasion á un extranjero? ¿Por qué pensar en enlaces fuera de mi patria? Objetos dignos de mi amor hay aquí... Que Jason viva ó muera, de los dioses depende; pero ¿acaso porque mi deseo sea el de que viva, significa que yo le ame? No, áun sin amor ninguno puedo desearlo. ¿Es esto por ventura criminal? ¿Qué mujer, á no tener entrañas de hiena, no sentiría interes por su juventud, por su nacimiento, por su probado esfuerzo? ¿Qué mujer, áun cuando otras cualidades en él no viese, podría ser insensible á su gallardía? Me ha interesado, es cierto, y es claro que si no le presto mi apoyo se verá expuesto á las llamas que arrojan los toros, sucumbirá á los golpes de los enemigos que sus manos habrán sembrado y que brotarán del seno de la tierra, ó acabará por ser presa de un endríago sediento de sangre. ¡Ah! de consentir yo

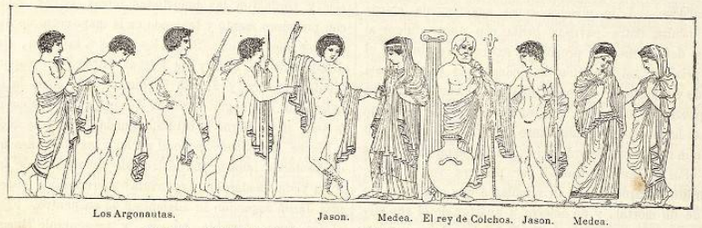

Fig. 456. — Llegada de los Argonautas á Cólchida.—(Pintura de un vaso).

tales horrores me creería nacida de una tigre y tener en el pecho corazon de hierro y peña. Mas ¿por qué he de mirar con tanto horror su muerte? ¿Por qué este temor que me asalta de presenciar tan horrendo espectáculo? ¿Por qué no excitar contra él á los toros, á los feroces hijos de la tierra y al dragon inaccesible al sueño? Los dioses, que siempre quieren lo mejor, le protegerán. Mas ¡ay! vano será el rogar si yo no le ayudo... Sin embargo, ¿puedo así entregar el cetro de mi padre? ¿He de procurar la salvacion de un extranjero á quien apénas conozco y que luego tenderá sin mí su vela al viento y será esposo de otra, miéntras quede yo aquí padeciendo la pena á que él se habrá hecho acreedor? ¡Ah! si fuese capaz de tan negra felonía, si en su pecho cupiese posponerme á otra mujer, entónces, por ingrato, bien merecería morir.

»Mas la distincion de sus facciones, la elevacion de su alma, la gentileza de su porte, nada me permite suponer en él tanta perfidia ni que desagradecido olvidara mis beneficios. Ademas, yo no he de ampararle sin que ántes empeñe formal su fé, y si es preciso le obligaré á invocar los dioses como fiadores de sus promesas. ¿Á qué, pues, temblar cuando todo conspira á tranquilizarme? Pon ¡oh Medea! manos á la obra sin tardanza: Jason quedará por siempre encadenado á tí por el agradecimiento; encenderá solemnemente para unirse á tí la antorcha de himeneo, y en las ciudades de Grecia las madres te apellidarán la salvadora de sus hijos. Pero ¡qué digo! ¿Podré abandonar á mis hermanos, á mi padre, á los dioses y la tierra natal para entregarme á merced de los vientos? Sí, ¿por qué no? Mi padre es cruel, mi patria está sumida en la barbarie, mi hermano es todavía un niño, mi hermana favorece mi deseo, y dentro de mí está el dios poderoso entre todos. En cambio de la oscura suerte que abandono preséntase á mí brillante destino: me aguarda la gloria de salvar á la juventud de Grecia, el placer de vivir en region más fértil, de conocer ciudades cuya fama ha llegado hasta nosotros, de saber las artes y costumbres de sus moradores, y sobre todo de estar al lado del hijo de Eson, por quien daría gustosa todos los tesoros del universo. Afortunada esposa del héroe, vería el mundo en mí la mujer predilecta de los inmortales, y mi frente tocaría á las nubes.

»¿Qué puede importarme lo que se cuenta de unos montes que se confunden con las olas, del escollo para los navegantes funesto, de Caríbdis, que ora traga las aguas, ora las arroja, ni de la devoradora Scila, cercada de furiosos canes que fatigan con sus ladridos los ecos del